

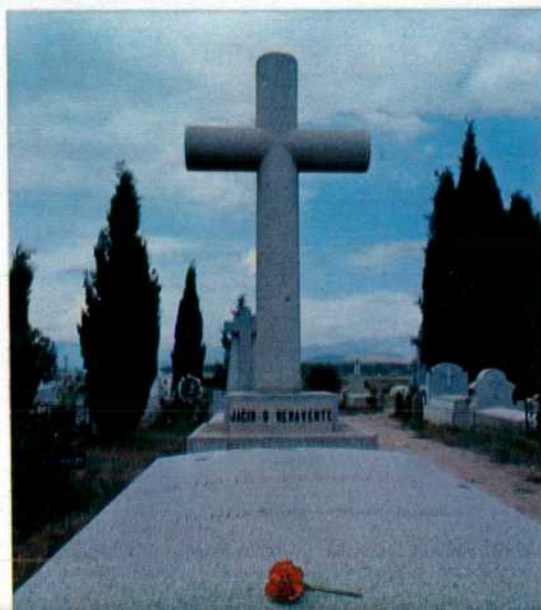


PUEBLOS CON TREN

GALAPAGAR

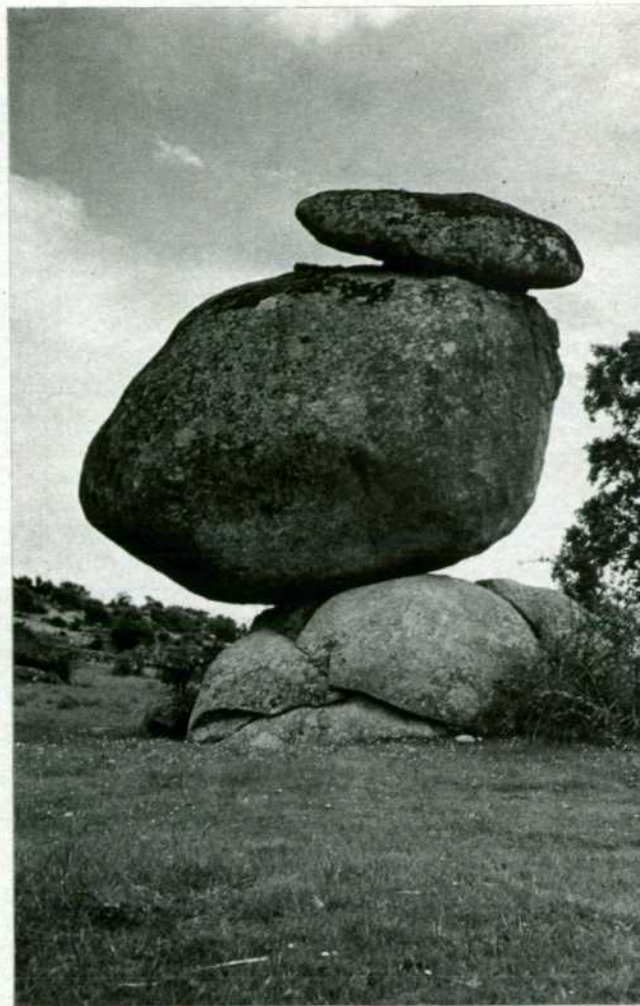
CON LA TUMBA DE UN NOBEL DE LITERATURA

En las estribaciones guadarrameñas, digno de un reposado veraneo, Galapagar ofrece tres cosas de interés: la tumba de un Premio Nobel de Literatura, el río Guadarrama y el Canto del Peso. Por lo demás, en sus dehesas se crían los "victorios", que, como saben los aficionados, son esos toros que han dado numerosos sustos a los diestros y otra alegría a la fiesta. El Nobel es, obviamente, el genial y fino comediógrafo Jacinto Benavente, a quien le gustaba refugiarse para escribir



en Galapagar. Murió en Madrid, pero hizo expreso su deseo de ser enterrado cerca de la sierra. El cementerio es pequeño y, dentro de lo que cabe, un rincón grato. En la plaza del pueblo existe —con posible inauguración en julio— un monumento a su memoria, obra del escultor Sanguino. Benavente fue el que dijo: "Es más fácil poner de acuerdo a todo el mundo que a una docena de españoles".

La pobreza del río Guadarrama no impide que sirva de consuelo a muchos madi-



leños cuando el fin de semana y los calores. El Canto del Peso es una especie de monumento natural. Entre encinas, se alza esta mole de piedra que, secularmente, guarda un equilibrio milagroso. Contra el viento, la lluvia y la erosión, el Canto, contrapesado por la visera, se mantiene en pie sobre una base de apoyo mínima.

En el apeadero ferroviario de Galapagar-La Navata, un pito agudo anuncia el paso de los trenes, más de setenta circulaciones diarias. La Navata son las casas

que se agrupan en torno al apeadero, apartamentos modernos y también antiguas viviendas de ferroviarios. A la proclamación de la Segunda República, en 1931, aquí tomó la familia de Alfonso XIII el tren real del exilio. Hubo despedida oficial en El Escorial, e insertamos la famosa imagen del conde de Romanones sentado en un banco de la estación, en el acto melancólico y solitario de decir adiós a una época histórica que se iba con el tren. ■ T. (Fotos: Man.)